

Fernando Ónega

Cuán gritan esos malditos

Hay por ahí un runrún económico que dice: estamos en el camino de la recuperación, pero los líos políticos lo pueden desbaratar; *escarallar*, que dirían en mi tierra gallega. El diagnóstico, que puede ser cierto, encierra también una tentación censora que me atrevo a traducir así: señores ciudadanos, no armen ustedes mucha bulla, que no estamos para reivindicaciones; señores políticos, aparquen ustedes sus ambiciones y sus peleas ideológicas o de poder, que los agentes económicos se asustan y dejarán de invertir. Dicho en otras palabras: quieto todo el mundo, los parados, los marginados, los rebeldes, las feministas, los desahuciados o los nacionalistas, que la economía es un jarrón de cristal tan fino que se rompe con el ruido.

Algo de esa corriente de opinión se encuentra en los negros vaticinios que cada día se hacen sobre el desenlace de los procesos soberanistas en Escocia y Catalunya. Ya no es sólo que ambas quedarían fuera de la Unión Europea, o que se produciría una huida de empresas sólo comparable a las migraciones que terminan estrelladas en las vallas y los diques de Ceuta y Melilla, sino que el mero hecho de hablar de independencia ya desestabiliza a los inversores, pone en guardia a las agencias de calificación y debilita el crecimiento.

Francamente, ignoro dónde comienza la realidad y dónde la censura, pero sí sé una cosa: que, descontada la pasión soberanista, más serenidad no puede haber. Se aguanta estoicamente el 25% de parados. Se admite sin rebeldía que tal nivel de desempleo puede durar cinco o seis años más. Se sufren los recortes de salarios como si fuesen insignificantes. La oposición es de una suavidad que a veces parece cómplice. Se aguantan los fallos institucionales con admirable indulgencia. Hay protestas en la calle, pero sin parecido al estallido social. ¿Qué más quieren? Yo les voy a decir lo que queremos algunos: un país tan estable que no se hunda por un movimiento social; una economía tan libre que sepa prescindir de la contaminación política y unos políticos que hagan una gestión para satisfacer al pueblo en vez de buscar que el pueblo les proporcione a ellos tranquilidad.●

Miquel Roca i Junyent



La cuestión

Lo que las próximas elecciones europeas harán historia. Pues no lo parece. Al contrario; se diría que en esta ocasión se hablará de todo menos de Europa. Estas elecciones se han convertido en una excusa o pretexto para cuestionar las acciones de los gobernantes, expresar ideas nuevas o poner a prueba la fuerza de planteamientos rompedores. Pero de Europa, nada de nada.

Esto es malo. En primer lugar, para el futuro de la Unión. Hacer Europa sin tenerla presente no sólo es difícil sino que bordea lo imposible. Ciertamente, desde Bruselas se transmite un mensaje triste y desesperanzado que no ayuda a la motivación europeísta. Europa se cierra en el ámbito de sus directivas, reglamentos y resoluciones, olvidándose de la épica que anima al proyecto europeísta. Todo es frío, estadístico, distante. La sociedad cambia, la geopolítica también; las necesidades son diferentes y las dificultades marcan la agenda de los ciudadanos. Pero la Unión hace ver que no se entera. Nada cambia, pero todo se hace más lejano, más indiferente.

Esto es malo. Y lo es también, en segundo término, que Europa se convierta en excusa para debatir internamente sobre las cuestiones domésticas. Se hace como de escondidas; podemos ser atrevidos, ganar o perder, porque no tiene importancia.

Unas elecciones europeas no marcarán ni decidirán nada; por esto se puede proponer, intentar o criticar lo que sea. Todos leerán en clave interna el resultado, pero este no tendrá ninguna incidencia real ni efectiva en la política real. Por esto, con una encuesta ya tendremos suficiente.

Empezará una campaña marcada por la indiferencia; y, allí donde esta sea sustituida por alguna motivación, será por motivos muy diferentes que los europeístas.

Se diría que en las próximas elecciones europeas se hablará de todo menos de Europa

Motivos legítimos, incluso alentadores, pero que, en la medida que se produzcan en un escenario que no es el adecuado, pueden diluirse en un resultado poco relevante. Europa no puede ser una excusa; vale más proponer que sea diferente que olvidarse de ella. La podemos hacer diferente; nuestro voto puede servir para esto. Pero pierde sentido si lo que se pretende es cambiar lo que no está en juego.

¿Hacer historia o aprovecharse de ella? Esta es la cuestión.

Miguel Ángel Aguilar

‘Tomorrow belongs to me’

La escena sucede en un mendero campestre donde los jóvenes acaban cantando *Tomorrow belongs to me*. Pertenece al musical *Cabaret*, película americana de 1972, dirigida por Bob Fosse y protagonizada por Liza Minnelli. Parece bucólica por la ambientación, pero esa reclamación, que pretende inscribir a nombre de la juventud el futuro, nos lleva a lo que se estaba gestando en la Alemania nazi. Con las juventudes nacional-socialistas convertidas en fuerza de choque para amedrentar a los judíos y a cualesquiera disidentes. Esa reclamación de exclusividad procede de la aplicación del principio totalitario negador del pluralismo, según el cual disidencia es sinónimo de decadencia. Quien no recoge conmigo desparra y está contra mí.

La sociedad es un sucederse de la vida y la muerte, donde sólo puede establecerse un cálculo de probabilidades pero nada está escrito sobre el orden estricto en que cada uno rendirá su carrera. Ninguno de los tiempos verbales puede atribuirse en exclusiva a ninguna de las franjas de edad agrupadas con criterios estadísticos. Los jóvenes pueden adentrarse en la averiguación del pasado con más lucidez que sus mayores y estos pueden atisbar y prefigurar el futuro con más validez que sus nietos. Sin ánimo de desmentir al poeta Kahil Gibran, que también nos atribuye la condición de arco del cual nuestros hijos como flechas vivas son lanzados, y por eso prescribe que dejemos que la inclinación de nuestra mano de arquero sea para la felicidad. La ignorancia del pasado tampoco es una virtud merecedora de admiración y reverencia. La destrucción del pretérito en parte alguna tiene la garantía de ser siempre una destrucción creadora. Ni la veneración irrestricta y acrítica de otros tiempos es prenda de acierto seguro. Vinieron los ingenieros sociales para proponernos el hombre nuevo y amanecieron los totalitarismos sin aportar liberación alguna, impusieron sacrificios a las generaciones presentes en aras de una felicidad que sólo disfrutaban las diferentes nomenclaturas. No hay mayor síntoma de sumisión que aceptar como propios odios ajenos, pero las esperanzas y los temores, como dice Serrat, se transmiten con la leche templada y en cada canción. Se impondría disolver todas las juventudes de los partidos, sólo son sistemas de perversión.●

TINTA CARGADA Joma



Albert Corominas y Vera Sacristán

Gobierno de universidades: falacias y coincidencias

El ministro Wert se dispone a reformar la regulación de las universidades públicas para que se gobiernen como empresas. Dejando de lado que las formas de gobierno y los resultados de las empresas son muy variados, una universidad no es una empresa, sino un servicio público que tiene un papel significativo en el progreso del país y en la atenuación de las desigualdades sociales. Las universidades públicas no buscan el beneficio en un mercado competitivo. Forman una red, deben coordinarse en-

tre sí y con la Administración, que tiene la responsabilidad, entre otras, de asegurar la financiación del sistema.

No hay una relación inequívoca entre la calidad de las universidades y sus sistemas de gobierno: muchas universidades privadas españolas se gobiernan de forma semejante a algunas de las mejores del mundo, y todas las universidades públicas tienen el mismo sistema de gobierno, con resultados claramente dispares.

Parecen muchas las voces que reclaman ese cambio, pero sólo son unas cuantas personas bajo advocaciones diversas, patrocinios comunes y canales múltiples. Y

las denominadas comisiones de expertos, designadas ad hoc y con las que se pretende dar la impresión de que son propuestas estrictamente técnicas, expresan opciones políticas. Pero la Comisión para el Estudio de la Gobernanza del Sistema Universitario de Catalunya, impulsada por el Govern catalán, no pudo llegar a ningún acuerdo después de un año. En los documentos que formulan la propuesta de cambio raramente se encuentra un intento de deducirla de un diagnóstico por la vía de un razonamiento. Exponen un punto de vista sobre la situación y a continuación afirman la necesidad del cambio. Pero afirmar no

es demostrar. Y no demuestra nada decir que la mayoría de los países que tenemos como referentes han hecho reformas similares a la que se propone, porque no todos los países han hecho reformas (España, sí: la ley universitaria se modificó en el 2001 y en el 2007) y porque en algunos países ha habido reformas recientes (supresión de los derechos de matrícula) en sentido contrario a la nuestra.

El sistema de gobierno de las universidades públicas es una cuestión muy importante para toda la sociedad. Al respecto, no necesitamos propaganda, sino rigor y diálogo.●